



EL BOLLO DE CANOVA.

No lejos del rico palacio de la familia de los Falieri, en Pos-sa-guo, estados de Venecia, se veia una pobre choza que per-tenecia al viejo Pasino, albañil. Un dia que cansado del traba-jo se habia echado Pasino sobre su cama, y dormia ya como duerme un hombre que ocupa todo el dia en un duro trabajo, fue despertado de improviso por los golpes que daban á la puer-ta de su choza: se levantó, fué á abrir, y á pesar de la oscuri-dad que reinaba tanto en la naturaleza como en su habitacion, el albañil vió á un niño pequeño.

—¿Quién eres y qué quieres? le dijo con el tono de un hom-bre que se despierta inoportunamente.

TOMO II.

—Antonio, respondió el tímido niño.

—¿Qué Antonio?

—Vuestro nieto, abuelo mio.

—Tú! Y qué te ha sucedido? dijo el albañil cambiando súbitamente de tono, tomando de la mano al niño, y tratando á pesar de la obscuridad de descubrir en su semblante el motivo de esta visita nocturna.

Dí, pues, ¿por qué has dejado á tu madre? ¿está enferma? ¿La has enfadado? ¿Te ha echado á la calle?

—No, abuelito, soy yo el que me he salido.

—Salido! y por qué? replicó el viejo entrando en su choza y encendiendo una pajuela. Salido! Virgen Santa! por qué has dejado á tu madre?

Y habiéndose encendido la pajuela, Pasino encendió con ella una lámpara que colocó delante del niño para mirarlo. Entonces descubrió que lloraba y que traía un lio puesto en la punta de un palo y sobre el hombro.

—No podía permanecer mas en casa, dijo el niño arrojando su lio en tierra; ya no era yo el amo, hay otro que manda. Oh! qué hombre tan villano es el tal Veneciano! Si solamente tubiese diez años mas, le hubiera dado muerte: si, abuelito os lo juro. Oh! por qué no tengo mas de once años?

—Vaya un personaje! dijo el abuelo riéndose de la cólera infantil de Antonio. ¿Tú quieres, pues, ser ya el amo de casa?

—Mi padre cuando murió no le dejó mas hijo á mi madre que yo; luego á mí me pertenece ser cabeza de la casa.

—Gran casa, verdaderamente, dijo el viejo que habia olvidado ya el sueño contemplando á su nieto; cuatro estacas clavadas en tierra, un poco de barro y lo demas de paja! Si tubieses un palacio como los Falieri, no digo que.....

—Los Falieri, los Falieri, dijo el niño moviendo su hermosa cabeza de negra cabellera; se puede muy bien no ser de la rica familia de los Falieri, y tener alma.

—Dime, Antonio, quieres cenar?

—No, no tengo hambre.

—Sin embargo, has andado á pie la distancia de terreno que nos separa de tu madre.

—Gran cosa!.... tres millas....

—Vamos, cuéntame tu fuga.

—Escúchala, abuelito: Bien sabes que mamá se ha casado con ese vil de Paesillo, y lo que mas he sentido ante todo es que ya no la llama señora de Canova. Canova era sin embargo un nombre bonito, no es asi, abuelito?

—Sí, sigue adelante.

—Y despues, es mi nombre.... y es vergonzoso para un hijo tener un nombre, y que su madre tenga otro....

—Y despues, y despues.... acaba tu historia, por que me duermo, y voy á acostarme, interrumpió Pasino, metiéndose en la cama.

—Y ademas tambien, asi que el Sr. Paesillo metió el pie en casa, hubo al instante novedad. Primeramente no se me volvió á cuidar bien; no se me daba la mejor presa de la comida, ni el mejor diente de ajo, ni la cebolla mas gorda, ni las mejores aceitunas. Eran para el Sr. Paesillo. Luego me enfadaba y me dejaban gritar, me enojaba, y me dejaban enojado. Enojado sobre todo, que es diabólicamente fastidioso estar enojado y no tener quien venga á decirnos: « qué tienes, Antonio? ven á comer, ó ven á cenar.» Nada, ni una palabra; no quieres comer? no comas; no quieres cenar? como gustes. Entonces yo he echado mi cuenta; he tomado mi resolucion, y he dicho; tengo un abuelo que está solo, que quiere á los niños, que me deja hacer lo que quiero cuando voy á su casa; pues bien, vamos allá; por lo menos seré el amo! Te duermes, abuelito, ó me escuchas?

—Muy bien. Vamos, acuéstate sobre ese saco de paja, que es fresca: y puesto que te gusta tanto ser el amo, pronto serás albañil y....

—Oh! albañil, dijo el niño haciendo un gesto, no es eso muy divertido.

—Tú verás, tú verás, que agradable es nuestro oficio.

—Sí, poner piedras, unas sobre otras, y siempre piedras.

—Vamos, duerme, mocoso, y déjame descansar.

—Al día siguiente, Pasino despertó á Antonio, y despues de haber rezado los dos una corta oracion á la Virgen de los Dolores, y tomado un ligero sustento, se encaminaron hácia el palacio Faleri, donde habia algunos dias que estaba trabajando el albañil en la recomposicion de una pared, que unos malhechores habian intentado escalar durante la noche.

Mas el pobre albañil, en vano atendía á su nieto, repitiéndole; haz esa mezcla, apaga esa cal, y prepárala; pica esa piedra, descantilla ese ladrillo; al punto que habia vuelto la espalda, Antonio, hacia un muñeco con la mezcla, una Venus con los ladrillos, y no se servia de la llana sino para amasar el barro con que hacia figuras de toda especie. Como era endeble y delicado y los abuelos son casi siempre del parecer de sus nietos, cuando Pasino quería enfadarse, Antonio respondía.

—Bien ves abuelito, que estoy cansado.

—Pero qué haces ahí?

—Una Virgen con su niño.

Y el abuelo, que regularmente no percibia mas que un pedazo de barro muy informe, se maravillaba de la hermosura de la Virgen, la gracia del niño Jesus, y pretendía que su nieto

seria algun dia un famoso albañil, y podria edificar palacios, aun para la familia Falieri. Un dia, en que creo se celebraba la fiesta de Santa Cecilia, dispuso el duque de Falieri una gran comida. Oh! si hubiérais visto, niños míos, el número de cazuelas colocadas sobre las brasas, los asadores cargados de faisanes, pabos, patos, gallinas, ensartados unos en pos de otros; sobre todo, niños míos, si os hubiesen llevado á la repostería, entonces os habriais relamido los labios, haciéndose los dientes agua á la vista de todas aquellas compotas, pasteles, esponjados, almendrados y frutas en conserva de toda especie; oh! era un admirable golpe de vista, os lo aseguro; y Antonio que habia dejado el boquete hecho en la pared para meterse entre los galopines, los cocineros, los reposteros, abria los ojos, las narices, viéndolo y oliéndolo todo, de modo que daba gusto ver la alegría de su cara en presencia de todas aquellas cosas apetitosas.

Y no obstante, de pronto, y en el momento de servir la comida, el mayordomo, se da un puñetazo en la frente, y se dobla como si tubiese un cólico, gritando:

—Soy un hombre perdido, deshonrado! Por S. Pedro, mi patron, yo me mato. Desgraciado, mas que desgraciado Pedro, ¿que te sucede? Oh! Virgen santa, qué se va á pensar de mí, villano, bruto, mas estúpido que las bestias, tu honor está perdido y con él el de la ilustre familia de los Falieri.

Precisamente cuando el triste mayordomo llegaba á este lugar de su soliloquio, acertó á pasar el principal de los Falieri, oyó la última frase y se dió prisa á bajar á la repostería para saber con exactitud el riesgo que corria su honor.

Llegó en el momento en que Pedro, atravesado sobre una silla, se bebia un gran vaso de aguardiente, que uno de sus galopines le presentaba respetuosamente, con el gorro de algodon en la mano.

—Que hay, pues? preguntó el duque parado delante de su mayordomo.

—Castigadme, señor, matadme, exclamó este último dándose prisa á tragar el resto de su aguardiente; mas sea la precipitacion, ó la turbacion, ó cualquiera otra cosa, el último trago se le atravesó al mayordomo, y le entró una tos sin fin que le impedia terminar la frase.

El duque paseaba sus miradas por todos sus criados reunidos en la repostería, y las detubo particularmente sobre Antonio Canova, como para pedirle cuenta de una desesperacion tan violenta.

Pero nadie podia responder, pues ignoraban los motivos de las palabras incoherentes de Pedro.

Cuando la tos de este último se hubo aplacado un poco, dijo el duque:

—Me explicarás, en fin, Pedro, porqué mi honor se encuentra ahora comprometido con el tuyo?

—Porque mi comida, que es una comida como no se preparará igual para el Dux de Venecia ó para el Papa, se encuentra desarreglada, destruida por un olvido!.... un olvido por el cual debería ahorcarme si tubiese una cuerda.

—Qué olvido?

—El primer servicio es perfecto, monseñor, las entradas, los grandes platos, todo es de un estilo elevado y perfecto; el segundo corresponde al primero; el tercero es todavía superior, si es posible por la eleccion, el gusto, la *arquitectura*.... la aristocracia que reina en él; pero los postres, los postres, Oh! monseñor, el plato del medio se ha olvidado!

—Mira, que gran misterio! dijo á media voz Antoñito, sonriéndose maliciosamente en un rincon de la repostería: es pues preciso hacer otro.

—Y no puede reemplazarse, preguntó el duque?

—Es muy difícil; diría que casi imposible, monseñor.

—Pues forma una pirámide de cualquier cosa.

—Esa cualquiera cosa es la que no puedo encontrar, y ademas solo nos queda una media hora: vuestros convidados llegan ya.

—Si quisieran escucharme, dijo Antonio entre dientes, yo bien se un medio.

—Qué se hace? qué se hace? dijo el duque frotándose las manos.

—Ah! si la arquitectura de la comida no fuese de un estilo tan noble, tan elegante, hubiéramos podido.... Pero no, sería comprometerlos?

—No has hablado de arquitectura? Pedro..... En este caso pudieramos consultar á Pasino que es albañil, artista, y podrá tal vez sacarnos del apuro..... Pero de que te ries? Antonio, y que estás hablando entre dientes? Veamos vé á buscar á tu abuelo, que venga aqui; anda.

Siempre burlándose con disimulo, se fue Antonio corriendo y volvió lo mismo, seguido de su abuelo, á quien traia asido por su mandil, de cabritilla blanca.

Despues que se le hubo explicado de qué se trataba, el viejo Pasino meneó la cabeza, y retorciendo entre sus descarnadas y callosas manos su gorro, que se habia quitado por deferencia para con el principal de la familia, dijo:

—Si se tratase, sin faltar al respeto que debo á monseñor, de reedificar una pared, ó componer un chapitel.... ó.....

—Es un plato, un bello plato del medio, abuelito, le gritó Antonio, como si el viejo fuese sordo.

—Bien lo entiendo, dijo Pasino, retorciendo con mas fuerza el gorro.

—Pues bien, no es eso un monte, vaya: vos que edificais palacios, no podeis construir un plato, un simple plato de comida?

—Cállate niño, y no hables tan alto delante de monseñor.

Antonio pateó y volviéndose avergonzado de la reprimenda murmuró..... Si quisiera solo escucharme.

El duque Falieri que habia un rato no cesaba de mirar la fisonomía inteligente del nietecillo del albañil, le chocó el singular caracter que espresaba entonces. Lefase en ella la especie de desprecio que le inspiraba una discusion tan pueril, y su frente infantil brillaba con una seguridad extraordinaria, su boca sonreía maliciosamente y los dos extremos de sus rosados labiecillos, sobresaliendo, decian tan claramente *«porque no os dirigis á mí?»* que el duque no puede resistir el deseo de preguntarle.

—Y bien, si se quisiera escucharte, qué consejo nos darías, dijo el duque agarrando á Antonio por la oreja y apretándosela amistosamente.

—Qué! dijo Antonio encarnado como una cereza, porque el duque habia oido sus espresiones, si el señor Pedro quisiese darme un gran pedazo de la pasta con que hace sus bollos.

—No tenga, monseñor, la bondad de escuchar á ese chico, dijo Pasino haciendo en vano señas á su nieto para que callase.

—No solamente le oigo, dijo el duque sonriéndose, sino que quiero que Pedro siga los consejos de Antonio para ese famoso plato. Mas quiero que sea para mí una sorpresa como para mis convidados.... Antonio, te doy ámplia licencia... pero si no sales con tu idea, qué me darás luego?

—Mis dos orejas, dijo Antonio con orgullo.

—Sea.

Y el duque se retiró á incorporarse con los convidados.

La comida fué sobervia, como todas las que se daban desde tiempo inmemorial en esta opulenta familia; despues cuando llegó el momento de servir los postres, el duque divirtió á los concurrentes con la historia del plato olvidado, y de la presuncion exorbitante del nieto del albañil.

Entonces empezaban á aparecer los postres sobre la mesa, y era preciso ver los ojos de los convidados abrirse lo mas que era posible, cada vez que se ponía un plato en la mesa. Como hecho espresamente, ó por malicia, ó quizás por que el pobre Antonio no habia podido salir con su intento, los extremos de la mesa estaban cubiertos, el centro se iba cubriendo y el famoso plato no parecia todavia. Pronto no quedó otro que colocar, y la impaciencia de los convidados no tenia ya límites.

En fin se presentó el mayordomo; traía una gran máquina cubierta con un lienzo blanco; se puso la máquina delante del

duque, se levantó la servilleta, y de todos lados salió un grito de admiración. Era un león de masa perfectamente trabajado.

—Bravo! bravo! gritaron todos, donde está el pastelero, donde está el cocinero, donde está el arquitecto?

—Donde está el artista? exclamó el duque, elevando su voz sobre las de sus amigos.

Y entonces por entre las grandes piernas de Pedro, se vió salir una hermosa cara de niño, muy encarnada, muy vergonzosa, y sin embargo resplandeciente con el fuego del genio extraordinario para edad tan tierna.

Mas el duque era demasiado amigo de las artes y demasiado ilustrado para no reconocer en esta obra maestra de un niño, el indicante de una habilidad mas distinguida. Pidiéndole permiso á su abuelo condujo él mismo á Antonio á Venecia, donde hizo le diesen lecciones los maestros mas célebres.

Despues, pasados cuatro años, el jóven protegido del duque salia para Roma, cargado de cartas de recomendacion para las notabilidades y los poderosos de la capital del mundo cristiano.

Dejándose siempre guiar por la inspiracion que distingue á los hombres poco comunes, la primer carta que entregó Antonio fue la del Sr. Volputo, porque ambicionaba ser su discípulo.

Volputo, hijos míos, tenia en Roma una lucida escuela de grabado, de la cual han salido los mas ilustres discípulos; el primer compañero y amigo que se adquirió Antonio en aquel taller, fue un jóven como él, que se llamaba Rafael Morghen.

Pasado algun tiempo, Antonio Canova, dejando á su amigo continuar su brillante carrera en la pintura, dejó el pincel por los cinceles; su inspiracion tambien lo impulsaba hácia un destino mas elevado.

En 1782, el embajador veneciano Zuliano, despues de una comida que daba á cuanto tenia Roma de mas ilustre, tanto de nobles, como de artistas, convidó á la concurrencia á pasar á un salon contiguo. Quería enseñar á sus convidados un grupo de mármol nuevamente acabado por un artista, cuyo nombre calló.

Era Teseo vencedor del Minotauro.

Este grupo unánimemente fue declarado la pieza mas preciosa que hubo en Roma jamás.

—Señores, exclamó entonces Zuliano con cierta satisfaccion de vanagloria, ese artista es mi compatriota. Maestro Antonio Canova añadió yendo á buscar entre todos al solo jóven que se mantenía modestamente apartado: venid á recibir las enhorabuenas que mereceis.

Canova, niños míos, fue el estatuario mas distinguido de

su tiempo; pero cuando se iba á Roma á visitar su taller, no dejaba nunca de referir su historia, y sobre todo su profundo reconocimiento á los beneficios de su maestro Valputo.

Esto, amiguitos míos, debe animaros, y probaros, que en cualquiera situacion que Dios os haya colocado, con buena resolucion, trabajo y paciencia, se llega casi siempre á adquirir-se nombradía.

HISTORIA SACRADA.

JOSÉ PRUEBA Á SUS HERMANOS.

I.

Los hijos de Jacob cargados de dinero y de los presentes que querian ofrecer al gobernador, se pusieron muy pronto en camino. Apenas llegaron á Egipto se presentaron á José.

Luego que este los vió dijo á su intendente.

—«Haced que esos jóvenes se hospeden en mi casa; matad los animales mas gordos y mejores y preparad un festin, á fin de que coman conmigo.»

El intendente ejecutó las órdenes de su amo, y los hizo entrar en su casa.

Quedáronse llenos de temor y pensando que se queria castigarles á causa del dinero que se habian llevado en sus sacos, y ofrecieron al intendente devolverlo.

Este, conforme á las órdenes de José, lo rehusó y luego sin detencion para recompensar esta accion honrada, hizo salir de la prision á Simeon, y se lo presentó

Esperaron la llegada del gobernador; cuando se encontraron en su presencia le ofrecieron sus presentes y se prosternaron, José los recibió con benignidad.

—«Vuestro padre, ese anciano de que me habeis hablado, vive todavía? está bueno? les preguntó.

—«Si, señor, vive y está bueno.»

José, levantando los ojos, pereibió á Benjamin, su hermano, hijo de Raquel, su madre.

—«Es este, les dijo, el menor de vuestros hermanos?

«Si, monseñor.

«Hijo mio, ruego al cielo os conserve y os sea siempre propicio.»

Después de estas palabras se dió prisa á salir, porque su corazón se había enternecido viendo á su joven hermano, y no podía retener sus lágrimas.

Poco tiempo después, volvió é hizo que sus hermanos se sentasen á la mesa junto á él.

Queriendo ver cuales eran sus pensamientos respecto á Benjamín, dijo José á su intendente:

—Llenad de trigo los sacos de estos viajeros, y dejad el dinero de cada uno de ellos cerca de la boca del saco; en cuanto al del mas joven, meted en él mi copa de plata.

Esta orden fue ejecutada, y á la mañana siguiente, desde muy temprano se les dejó partir con sus caballerías cargadas.

Apenas habían salido de la ciudad, mando José á su intendente para que los detubiese.

—«Cuál es nuestro crimen? dijeron. ¿Que hemos hecho?

—«Habeis robado la copa en que mi señor acostumbra beber.»

—«Hemos devuelto del país de Canaán el dinero que estaba en la entrada de nuestros sacos, cómo pues tendríamos el pensamiento de robar oro ó plata perteneciente á vuestro amo?..... Que aquel de nosotros, sea el que fuere, á quien se encuentre lo que buskais muera, y seremos esclavos de vuestro señor.

—«El culpable será castigado; los que estén inocentes regresarán en paz.»

Al punto descargaron en tierra sus sacos y cada uno abrió el suyo.

El intendente habiéndolos registrado, encontró la copa en el de Benjamín. Entonces sus dos hermanos rasgaron sus vestidos en muestra de su sentimiento y volvieron á la ciudad.

Judá se presentó el primero con sus hermanos delante de José y se humilló ante él.

—«Por que habeis cometido esta culpa? les dijo.

—«Ay! respondió Judá, nada podemos responderos, la prueba de este crimen nos oprime. Castigadnos, todos somos vuestros esclavos.

—«No, no sereis todos castigados por la culpa de uno solo. El que ha cogido mi copa será mi esclavo. En cuanto á vosotros id á ver otra vez á vuestro padre.

—«Monseñor, dijo Judá aproximándose, tened piedad de nosotros. Tenemos un padre que es anciano, ama tiernamente á su hijo menor, y si no lo vuelve á ver, tened por cierto, que morirá de dolor. Yo he sido el que le he rogado se separe de Benjamín, á fin de cumplir vuestras órdenes; sino vuelvo con él me maldecirá..... Oh! piedad..... piedad..... monseñor! Si necesitais una víctima..... aqui me teneis..... haced que to-

da vuestra cólera recaiga sobre mi; dejad á Benjamin volver á donde está nuestro padre, y yo me quedaré para servirlos: yo seré vuestro esclavo.»

—Esa es una conducta noble, hijos míos, y el ejemplo de Judá no será infructífero para vosotros. Haced como él, amad á vuestros hermanos, y buscad todos los medios de evitarles las penalidades y los pesares que pudieran sucederles.

II.

JOSÉ SE DA Á CONOCER Á SUS HERMANOS.

Las palabras de Judá hicieron una impresion profunda en José; no pudiendo contenerse mandó á todos los extraños que se retirasen, sus ojos se llenaron de lágrimas, y prorrumpió en sollozos.

—«Yo soy José! exclamó, con voz conmovida..... Vive mi padre todavia?»

Sus hermanos no pudieron contestarle, el temor ocupaba su alma y los remordimientos turbaban sus pensamientos.

—«Acercáos, les dijo con bondad; os lo he anunciado, soy José, vuestro hermano, que habeis vendido á mercaderes, que me han traído á Egipto. No temais nada: Dios me ha enviado á Egipto antes que á vosotros para salvaros. Lo veis? gracias á su proteccion, soy grande, poderoso, y estoy lleno de honores; pero soy feliz, sobre todo por vosotros que protegeré, principalmente durante estos tiempos de escasez. Daos prisa en ir á buscar á mi padre, y decidle. Ved aqui lo que os envia á decir vuestro hijo José. Dios me ha hecho tan poderoso como el Señor del Egipto, venid á mi sin tardanza: permaneceréis conmigo, en la tierra de Gessen vosotros, vuestros hijos, vuestra familia, con las ovejas y los ganados que poseeis. Yo os mantendré durante los cinco años de hambre que debemos experimentar. Id; decid á nuestro padre la gloria que me rodea; referidle lo que habeis visto, y decidle que le espero.»

Despues de estas palabras, José abrazó tiernamente á sus hermanos, y sobre todo á Benjamin. El rumor de esta entrevista se difundió pronto por la corte del rey. Faraon se alegró á causa del afecto que profesaba á José. Obligó á sus hermanos á que abandonasen del todo su país para venirse á Egipto.

Los hijos de Jacob partieron colmados de presentes de todas clases, y despues de un viaje feliz llegaron á la tierra de Canaán.

En el momento que vieron á su padre, le contaron que José vivia aun y gobernaba el Egipto.

El pobre anciano no podia creer esta buena noticia, y pensaba que estaba soñando; sin embargo como sus hijos

le afirmaban que decían verdad, exclamó lleno de júbilo: —«Nada tengo ya que desear, puesto que José vive todavía. Iré á Egipto, porque quiero verle antes de morir.»

Jacob partió, pues, con toda su familia y todas sus riquezas. Cuando llegó al pozo del Juramento hizo un sacrificio al Señor.

Dios se le apareció en sueños, y le anunció que por su protección llegaría á ser el jefe de un gran pueblo. Después de esto continuó su viaje y llegó pronto á Egipto. Antes de entrar en la ciudad que habitaba José, envió á Judá para anunciarle su llegada.

José acudió al punto y se arrojó en los brazos de su padre, cubriéndolo de besos y de lágrimas.

—«Ya ahora moriré contento, porque os he visto, hijo mio,» exclamó Jacob estrechándole contra su corazón.

Faraon recibió muy bien á toda la familia de José y la puso en posesión del terreno sobre el cual se edificó después la ciudad de Ramses, situada en la tierra de Gessen.

José continuó sus buenas obras en Egipto y consiguió calmar los horrores del hambre. Aumentó el poder de Faraon é hizo muy feliz al pueblo.

III.

MUE RTE DE JACOB.—MUERTE DE JOSÉ.

Después de haber pasado diez y siete años en la tierra de Gessen, Jacob, habiendo llegado á la edad de ciento cuarenta y siete años, conoció que le quedaban pocos días de vida. Llamó á José y le hizo prometer que no sería enterrado en Egipto, sino en la tierra de Canaán, junto al sepulcro de sus padres. José había llevado consigo á sus dos hijos Efraim y Manasés. Jacob los bendijo diciendo:

—«Que el Dios de mis padres, Abraham é Isaac, el Dios que me mantuvo desde mi juventud, que el ángel que me ha librado de todos mis males bendiga estos niños!»

Entonces, inspirado por el Señor, el santo anciano halló nuevas fuerzas y predijo á sus hijos la suerte que les estaba reservada.

Cuando hubo llegado á hablar de José, dijo:

—José es actualmente, rico, poderoso, y goza de honores; pero antes de llegar á esta grandeza, qué de malos tratamientos no le han hecho sufrir sus hermanos! Estimulados de los mas horribles celos, olvidaron el afecto que la naturaleza les inspiraba, y le vendieron como un vil esclavo. En el infortunio, su corazón ha conservado su fuerza; él ha esperado en Dios, él se ha humillado, él ha sufrido sin murmurar, y las cadenas que cubrían sus manos y sus brazos las rompió Dios

todo poderoso. En seguida, José vino á ser el salvador del Egipto, la gloria y la fuerza de Israel.

El Dios de vuestro padre te protegerá, ó hijo mio, él derramará desde lo alto del cielo sus bendiciones sobre tí. En cuanto á mí, hijos míos, pronto voy á dejaros, ay! ya siento que mis párpados se cierran y mi sangre se hiela en mis venas..... Dios mio bendecid á mis hijos como yo los bendigo!!!

Diciendo estas palabras estendió las manos hácia ellos, y su alma dejó la tierra para ir á recibir en el cielo la recompensa de su santa y piadosa vida.

José se arrodilló junto á él y oró largo tiempo; despues hizo embalsamar su cuerpo y pidió á Faraon permiso para ir á hacerle enterrar en el pais de Canaan, Este príncipe se lo concedió con bondad.

Todos los oficiales de la casa de Faraon, los mas grandes príncipes del Egipto, acompañaron á José y á sus hermanos, seguidos de una muchedumbre innumerable de gente, de carros y de ginetes armados.

Durante siete dias celebraron los funerales de Jacob; despues de este término, José volvió á Egipto.

Sus hermanos siempre atormentados por los remordimientos que destrozan á los que han cometido una mala accion, temieron que José se acordase del mal que le habian hecho, y quisiera vengarse.

Le enviaron alguno que le dijo:

—Vuestro padre antes de morir os conjuró que olvidáseis el crimen de vuestros hermanos. Venimos tambien á suplicaros perdoneis nuestras iniquidades.»

José lloró al escuchar estas palabras, y habiendo hecho venir á sus hermanos, les habló así:

—No temais nada de mí. Es verdad que habeis tenido el proyecto de harcerme mal; pero Dios ha cambiado este mal en bien, á fin de engrandecerme como veis. Asi pues no tengais miedo, porque yo os perdono »

José permaneció en Egipto con toda la familia de su padre, y murió á la edad de ciento diez años.—Su cuerpo fue embalsamado y puesto en un sepulcro en Egipto.

La vida de José, os manifiesta, niños míos, que la inocencia y la santidad triunfan siempre á despecho de los malos. Su sabiduría y su buena conducta le atrageron el odio de sus hermanos. Es vendido por ellos. Su fidelidad á su señor, su valor en la prision, su probidad, su buena conducta contribuyen á librarle de la esclavitud. Su engrandecimiento lo pone en estado de vengarse de sus hermanos colmándolos de beneficios; su prevision, su buena administracion, su respeto á su padre, su generoso olvido de las ofensas le atraen el amor de todo el pue-

blo, y las bendiciones del cielo. Todo esto, niños mios, debe inspiraros buenos y santos pensamientos; porque bien lo veis, por medio de una conducta ejemplar, por medio del trabajo, por la perseverancia, por el amor de Dios se hace uno superior á su desgracia, conservándose honrado y piadoso; se halla vigor para tener la virtud tan admirable, que olvida las injurias y devuelve el bien por el mal; y en fin, que en medio de los honores, del poder y de las riquezas, hace que uno se conserve bueno, justo, humano, y que adquiera el amor de los pueblos.

Pensad muchas veces en esta vida de José, niños mios, seguid los ejemplos que os ha dado y el cielo os bendecirá!!



BOMBAS DE JABON.

Un niño de escuela, despues de haber cogido en el campo un tallito ó canutillo de paja, habia metido este tubo en un poco de agua mezclada con jabon, y aspirando y despues soplando el líquido, formaba globillos que se levantaban á una altura muchas veces considerable, y caminaban flotantes á merced de la brisa que los balanceaba.

Uno que paseaba miró el juego del niño; en seguida se detubo, pareció que meditaba y de pronto pudo advertirse que su cara se animaba con una espresion de contento y de orgullo.

Este transeunte era el sábio Montgolfier, célebre ya por sus conocimientos en química, y que habia adquirido gran re-

nombre por los progresos que habia hecho hacer en la fabricacion del papel.

Este hecho se verificaba habrá sesenta años, y algunos mas.

Montgolfier comprendió instantáneamente la teoría de la ascension de las bolas de jabon. Son mas ligeras que el aire, decia, se elevan por encima de él. Luego si otro cuerpo pudiese tener la ligereza del globo, que forma el canutillo de ese niño.... volaría, se elevaría.... realizaría la fábula de aquellos genios aéreos á los cuales la imaginacion de los poetas ha dado alas....

Una bola de inmensa estension. llevaría al hombre á la region de las águilas, y el habitante de la tierra, admirado de su propia conquista, viajaría por encima del globo, su morada habitual.

Desde este momento se cuenta el descubrimiento de los globos, llamados por otro nombre areostáticos.

Despues de Montgolfier, y otros areonautas, ó viajeros por el aire, se han intentado escursiones por encima de las llanuras y la ciudades. Muchos han sido víctimas de su aficion á la ciencia, y mas de un naufragio ha señalado el riesgo de semejantes tentativas.

El poeta Lebrun ha descrito en los siguientes versos, el interés que ofrece el descubrimiento de Montgolfier.

¡Oh maravilla! poderoso viento!
Conduce al hombre á la celeste esfera,
Y admira el Sena el curso presuroso
Del rápido navío que cortando
Vá los aires, alígero volando.

El grande obstáculo en la navegacion aérea, es la corriente del viento, contra el cual no tiene el piloto poder. Mas la ciencia es perseverante, no renunciará al pensamiento de dirigir los areostáticos, y quizás llegará dia en que tengamos una serie de globos, en concurrencia con los barcos de vapor del Oceano y los caminos de hierro del continente.

Apenas los areostáticos eran conocidos cuando se inventó el paracaidas, instrumento ingenioso que disminuye mucho los peligros de los viajes por los aires.

El paracaidas es una especie de paragua boca arriba, bajo el cual se precipita el aire, y que es listo de modo que llega á tierra balanceándose, y suelta en ella los navegantes, que abordan asi en su barquilla, mientras que el globo, de que se han separado cortando la cuerda, vuela á merced de los vientos, y se pierde algunas veces en el espacio, á donde la vista no puede ya seguirlo.

Se han inventado para diversion de los niños globitos de tripa de buey, á los cuales se han dado diferentes formas de animales, como serpientes, elefantes, peces, y asi se tiene una caravana de viajeros aéreos. Sino se quiere esponerse á perderlos se les ata con un hilo bastante fuerte, cuya direccion se mantiene en la mano, y cuando el globo ha subido á la altura que se quiere, por medio del devanador de hilo, se tira de ellos y se recojen. Si se quiere por el contrario que se eleven, es necesario cortar el hilo, y despues de algunos minutos ya la vista no descubre al areostático.

EL ESPEJO.

FÁBULA.

Un padre tenia dos hijas
A quien con esceso amaba
Era padre!! Esto bastaba
Para colmar su ilusion.

Rosa era bella, amable
Y de gracias un tesoro
Y vertía fino oro
Sobre sus rizos el sol.

Ines al contrario, fea
Inspiraba horror y tédio
Siendo un eficaz remedio
Preservativo de amor.

Un dia en el aposento
Las dos de su madre entraron
Y hácia el espejo miraron,
Que estaba en el tocador.

Rosa al verse, alvorozada
Se recrea en su belleza,
La pobre Ines con tristeza
La vista al suelo bajó.

Pero algun tanto ofendida,
Con las jactancias de Rosa
Va á su padre presurosa
Y le dice ¡Ahl Señor:

Librad, si, á mi hermanita
Por Dios lo pido, no os dejo
Se ha mirado en el espejo,

Y es su orgullo muy atroz.

Mandadle que á él no se acerque

Es tan vana..... me fastidia....

Padre mio es solo envidia

Dijo Rosa que escuchó

La querella de su hermana,

El padre que era muy sábio

Desplegó entonces el lábio

Y de esta manera habló.

Rosa, Ines á ambas yo quiero

Ahora daros un consejo,

Y es que os mireis al espejo

Constantemente las dos.

Tú, Rosa, para que al ver

Tanto hechizo y hermosura,

Como quiso la natura

Darte por órden de Dios,

Le alabes y nunca ingrata

Te olvides de sus favores

Ajando tantos primores,

El vicio y la presuncion.

Y tú, Ines, para que viendo

Que las gracias de tu sexo

Te faltan, nunca por eso

Tengas desesperacion.

Porque aun puedes ser muy bella,

Ines, si eres virtuosa,

Pues una niña es hermosa

Si virtud tiene y candor.

M. SANCHEZ UGARTE.

